

Los malos muertos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía © J2R / iStock

© Elisabeth Anglarill, 2026

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-03-5

Depósito legal: M-3.493-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Elisabeth Anglarill

LOS MALOS MUERTOS

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Cèlia

—¿Y si te digo que hoy no tomo café? —dijo Alex con una sonrisa desafiante. Diego le había puesto la taza en la barra al tiempo que ella se sentaba en el taburete buscando la traviesa con los pies.

—Lo recalentaré para el próximo cliente... como a lo mejor he hecho con este... —le devolvió Diego.

—Creo que me tomaré dos...

—¿Otra mala noche?

—No paro de dar vueltas en la cama durante horas...

—Estás nerviosa.

—¿Nerviosa por qué? Si todo está como siempre, lo más excitante que pasó ayer fue la multa que le puse a una furgoneta mal aparcada. Era de un holandés y no veas cómo se puso el tipo, y yo que creía que los holandeses eran tranquilos, ¡menudo energúmeno!

—Ya llega el verano...

—Y será mi muerte.

Diego la dejó para atender a otros clientes, los habituales que cada mañana se dejaban caer por el bar Medusa para desayunar o tomar un café, simplemente por romper la rutina laboral. En el Medusa se recogían novedades, se compartían opiniones y se creaba una suerte de conciencia colectiva, un pensamiento comunitario útil para repetir luego en cualquier tertulia.

Alex Sabell hojeó distraída *El Punt*, el diario local, mientras arrancaba la mañana de primeros de junio. Un mechón negro le caía por la frente y le tapaba un ojo. Ocultaba la mirada de unos ojos de color incierto y taciturno, a veces gris, a veces

verde. Su mano derecha jugueteaba con unos ojos de santa Lucía, unas pequeñas conchas recogidas en la playa que guardaba en el bolsillo de su pantalón de uniforme.

El aire era todavía ligero, pero ella ya había notado el clic que marca el inicio del verano: un espesor al respirar, un ambiente más oloroso; pequeñas pistas intangibles que marcaban el estado de ánimo de los habitantes de L'Escala. La señal de que había que dejarlo todo a punto para el despegue del verano con todo lo que suponía para esta población del norte de la Costa Brava.

A Alex, como a la mayoría, le esperaba más trabajo. La policía local no tenía que ocuparse solo de sus parroquianos, sino de toda una población nómada, desorientada, cambiante y con ganas de relajarse o, peor aún, divertirse. Socorrer a turistas no le suponía un gran reto profesional, pero era más distraído que las tediosas horas de invierno patrullando por calles casi desiertas.

En el periódico nada llamaba su atención: un pleno más del ayuntamiento de Roses enredado en los recortes presupuestarios; unas obras de la carretera C-252 que se eternizaban y generaban protestas vecinales; un escritor local galardonado con un premio literario de cierto renombre, y los anuncios, entre ellos el de Inmobiliaria Mané, en la que trabajaba su madre como agente.

En algún momento Alex le enviaría un wasap de respuesta a su saludo matinal. Cada mañana desde que se había independizado, meses atrás, su madre le preguntaba cómo había pasado la noche. Miró el móvil sin activarlo. Le costaba transigir con ese exceso de atención. Le había costado demasiado convencerla de que a los treinta y tres años ya tenía edad de sobra para irse de casa, aunque fuera a pocos minutos de su progenitora.

—Diego, ¿me pones otro? Para llevar. Americano.

No lo reconocería nunca, pero salir del local con el café en la mano, en un vaso desechable, y andar así por la calle le daba

aplomo porque emulaba a sus personajes favoritos de las series policíacas con las que consumía sus noches. La diferencia era que su próxima misión al cruzar el umbral sería sumarse a sus compañeros, Carreras y Forcada, para ultimar los preparativos de seguridad para el concierto de *jazz* que ofrecería un cuarteto de Girona en la plaza Víctor Català.

Mientras saturaba de azúcar moreno el vaso de café sonó el móvil. Antes de responder dejó que sonara tres veces. Aunque lo tuviera en la mano siempre lo hacía. Resopló al ver quién la llamaba.

—Alexandra, ¿ya estás en marcha? —Sin esperar respuesta la voz añadió—: Ven de inmediato al *parking* de las ruinas. Esto es gordo.

Alex salió sin pagar y sin café.

El día anterior, no muy lejos de allí, Jérôme Tolbert, un hombre en la cincuentena larga, había llegado de París para instalarse en un estudio con vistas al mar. Solo y con un equipaje escaso pero pesado, porque llevaba consigo muchos libros y un ordenador.

El estudio alquilado tenía todo lo que necesitaba, que era poco. Se instaló en tiempo récord y salió a proveerse de comida y pasta de dientes en un supermercado que le recomendó la dueña. Acarreó sus compras sin demasiado esfuerzo por la escalera. Se preparó una buena ensalada con las afamadas anchoas locales y una hamburguesa. Ya tendría tiempo de comprar buen pescado. Mientras comía volvió a leer el tríptico: «66.º Curso de Arqueología de Empúries. Del 15 de junio al 5 de julio de 2012. *Urbem vivere*. La vida urbana en la Empúries romana». En la fotografía que decoraba el folleto azul cobalto aparecía un mosaico. Representaba a una perdiz extrayendo joyas de un cesto de mimbre. Lo sorprendió el detalle del plumaje del ave y el hecho de que fuera una perdiz, y no una urraca, la que robaba objetos brillantes. Durante veinte días

se dedicaría en cuerpo y alma a ese curso; las prácticas obligatorias que le exigían en su máster de Arqueología Ambiental. Se había apuntado para llenar el vacío amenazador en los primeros meses de su nueva vida de prejubilado.

Esa mañana en L'Escala se levantó temprano, como solía hacer. Vio una leve sonrisa ufana en el reflejo de su cara en el cristal del ventanal que daba al mar, frente a unas vistas muy alejadas de los tejados grises de su barrio de la République. Se dio una ducha encajonado en un baño un poco exiguo para alguien que ya empezaba a crecer a lo ancho. Con el cabello entrecano y grueso aún mojado, se ató los cordones de sus cómodas deportivas, dispuesto a dar un paseo hasta las ruinas que iban a ser su segundo hogar. Quedaban cuatro días para el inicio del curso. Se sentía no ya lejos de París, sino en otro planeta.

Salió del edificio de su estudio en una de las construcciones más voluminosas de L'Escala, un bastión de apartamentos turísticos. No se cruzó con nadie ni en la escalera ni en la parcela ajardinada. No había ropa tendida en las terrazas ni bicicletas apoyadas en la fachada. Jérôme suspiró satisfecho.

En apenas un par de minutos alcanzó con su paso enérgico la bifurcación que señalaba el inicio del camino de ronda que bordeaba las ruinas, el conjunto arqueológico griego y romano de Empúries. El sendero cruzaba por un pequeño puente un arroyo escuálido casi oculto entre juncos y tamariscos, y dejaba atrás una carretera de circunvalación justo unos metros antes del antiguo lavadero del pueblo.

Los restos arqueológicos no estaban demasiado lejos, y en la cabeza de Jérôme crecía la excitación que uno experimenta cuando está a punto de descubrir un objetivo ansiado. Esa culminación de la expectativa, que solo satisface si la espera ha sido larga, se mezclaba con la idea más prosaica de que ese paseo matinal iba a ser realmente corto si no lo extendía más allá de las ruinas. Le iba a costar un tiempo abandonar los andares casi marciales que estaba acostumbrado a utilizar en una ciudad fría y grande como París, que requería grandes zancadas.

Se detuvo al cruzar el puente para admirar la cala que se extendía, desierta, delante de él, recogida entre unas dunas colonizadas por los pinos. Detrás se atisbaban tres o cuatro chalés.

Jérôme levantó el rostro haciendo un esfuerzo por apreciar una brisa tímida. Su mente estaba más preparada para contar metros, numerar personas o analizar indicios. Encontraba vacuas las sensaciones. Sin embargo, tal vez se estaba dejando llevar por algo parecido en ese mismo instante, pero fue breve, porque un empujón seco e intencionado lo apartó a un lado del camino. Estaba tan relajado que no reaccionó ni de palabra ni de acción. Y solo oyó una disculpa de alguien que no esperaba respuesta. Alex se alejaba a todo correr adentrándose por el camino en un pinar entre las dunas. Para él era solo una agente de la policía local de mediana edad, de manos grandes, con el pantalón más ceñido que cómodo y con un buen esprint.

En el aparcamiento del conjunto arquitectónico de Empúries reinaba un silencio que no se ajustaba a la cantidad de personas y maquinaria que se había acumulado allí. Era un silencio grave, circunspecto. El instinto, ante los hechos, empujaba a operarios, empleados, autoridades de las instalaciones y policías a hablar en voz baja, con ese automatismo que se aplica en las iglesias o los museos. Una excavadora y una apisonadora, ambas de pequeño calado, estaban detenidas como si sus conductores las hubieran abandonado escapando de algo. La mayoría de las personas presentes se agolpaban y miraban al suelo en el extremo sur del solar, que estaba en obras por la instalación de dos casetas para la que sería la última y definitiva ampliación: un gran centro de visitantes. Entre las cabezas, Alex distinguió la cabellera blanca de su jefe, el inspector Morata, que escuchaba hierático la charla gesticulante del director del museo. Era la cara que ponía cuando le parecía que tenía que ser solemne, pensó ella. Los rostros, los gestos, la dispo-

sición de las máquinas: observó la escena unos segundos antes de hacerse visible para el inspector.

También estaban Manolo Carreras y Tomás Forcada, recién llegados y a la espera de instrucciones. El asunto parecía del calado suficiente como para convocar a todos los agentes de guardia.

—Sabell —la llamó el inspector al verla, alejándose del director del museo—, lo que les estaba contando a Carreras y Forcada... La excavadora se acaba de topar con lo que parecen unos restos humanos en aquella esquina del aparcamiento.

—¿Y para qué nos llaman a nosotros?

—Son unos restos en demasiado buen estado para ser tan antiguos.

—Hay cadáveres que aguantan momificados durante siglos...

—No está claro, Manolo, por eso nos han llamado —insistió el inspector.

El director del museo se les había acercado y estaba escuchando la conversación.

—No responde a ningún patrón de enterramiento conocido aquí en Empúries y está en un nivel muy superior. Claro que, a falta de mayores análisis, como una secuencia estratigráfica y pasar el georradar por si detecta una anomalía magnética, solo nos basamos en la inspección ocular.

Alex intervino entonces, molesta por el vocabulario pretencioso.

—Por parte de la investigación policial habrá que efectuar el cronotanodiagnóstico para avanzar en la identidad del cuerpo.

Morata le clavó los ojos con reproche; Carreras y Forcada se miraban de reojo.

—¿Quiere que para cerciorarnos también se le pida a la científica que lo pasen por cromatografía de gases?

El inspector Morata y Rogeli Vilaseca, el director del museo, iban enrojando de forma simultánea y por razones distintas.

—Claro, claro, como vosotros veáis... Yo solo digo que en esta área del recinto se habían hecho todas las catas para asegurarnos de que no había ningún resto relevante, así que es del todo ilógica la presencia de este cadáver —acabó la frase alejándose otra vez, en busca de uno de sus colaboradores.

Gabriel Morata, el jefe de Alex, la estaba fulminando con la mirada. Sus labios finos se contraían y las arrugas que escalonaban la piel alrededor de los ojos se multiplicaban.

—A veces no sé quién te crees que eres para sentirte con la autoridad de ridiculizar a la gente.

—Venga, jefe, a ti también te saca de quicio.

—Este asunto es serio, Alexandra, mis fobias las dejo fuera del horario laboral —concluyó el inspector—. Carreras: llama a los Mossos y al juez. Tendrá que decidir si determina levantamiento de cadáver. Forcada, pégate a los arqueólogos que se pongan con el asunto, asegúrate de que no toquen nada si no lo autoriza el forense. Sabell, tú interroga a los operarios de las máquinas y a cualquiera que esté por aquí que pueda servirnos de algo mientras llegan los Mossos.

Alex optó por diluirse entre los curiosos que rodeaban la zanja y no protestar por la asignación de tareas. El grupo iba creciendo por minutos. Si al principio solo estaba la brigada de la obra, algún técnico del yacimiento y las empleadas de la limpieza del museo, ahora el resto de trabajadores del recinto estaban incorporándose a sus puestos y ninguno pasaba sin detenerse, sorprendido por el revuelo. Alex se abrió paso con sus manos rotundas. Vio con total claridad un esqueleto en el fondo de una zanja de menos de un metro. Estaba cubierto de jirones de tejido. Distinguió los huesos, que habían adquirido el color del paso del tiempo, sombrío y gris. Estaban casi absorbidos por el terreno. Para Alex, el cuerpo presentaba el abandono desgarbado de quien ya no se preocupa de sí mismo. Nadie lo había limpiado aún, ni lo habían tocado siquiera. La osamenta solo mostraba partes aisladas, como islas entre el polvo, alguna superficie lisa, otra astillada. El esqueleto había

evitado el zarpazo de la excavadora porque un poste metálico bien encementado le había hecho de parapeto; al retirarlo se había removido la tierra desvelando los restos humanos. Alex no sabía nada de arqueología, pero estaba segura de no haber oído jamás que los romanos o los griegos usaran botones.